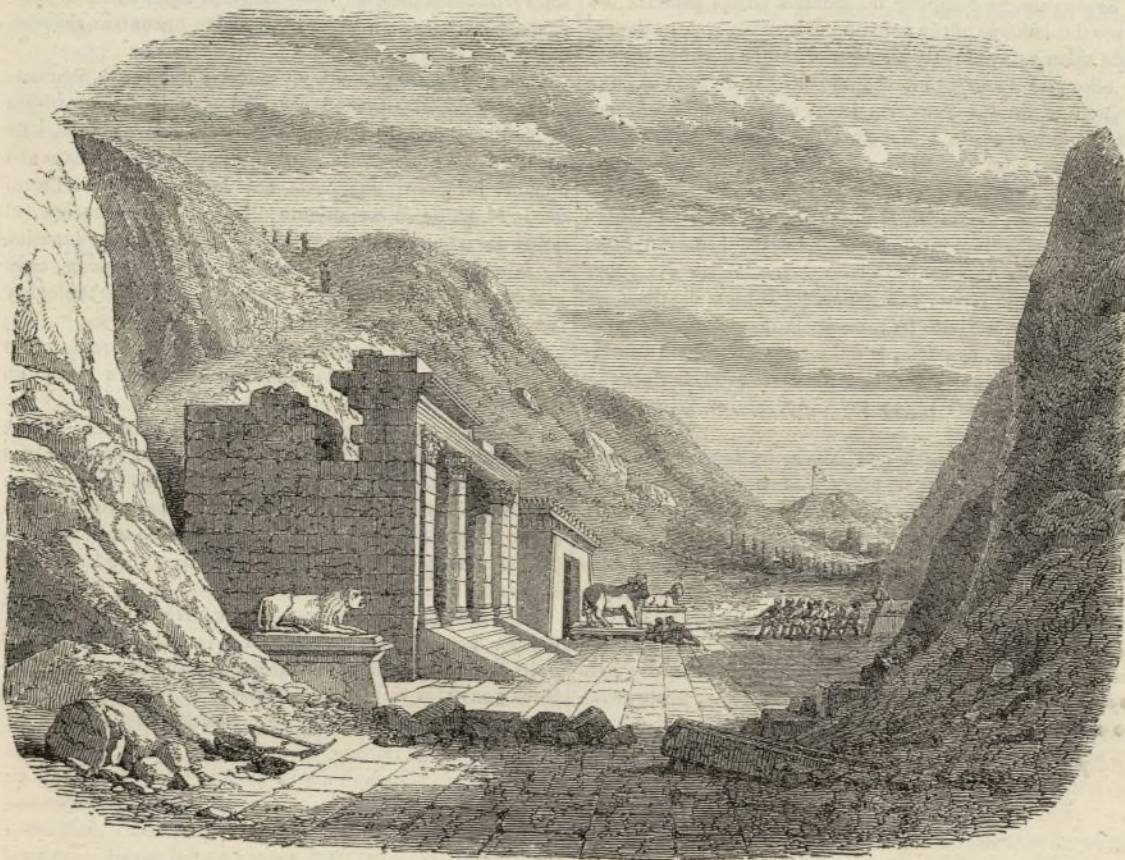


ESTUDIOS ARQUEOLOGICOS.



Vista exterior el Serapeum de Menfis.

EL SERAPEUM DE MENFIS.

El Serapeum de Menfis se hallaba en la Necrópoli de aquella célebre ciudad. Con razon se asombraría uno a ver un templo construido en medio de sepulcros, si el testimonio de autores griegos confirmado por los recientes descubrimientos de Mr. Mariette no nos diesen á conocer, que el Serapeum no era otra cosa sino el monumento sepulcral del buey Apis. El Serapeum se ha encontrado, pues, bajo las arenas que le han ocultado á los ojos de todos durante tantos siglos, y debia esperarse menos el encontrarle en otra parte que por su asimilacion á Osiris, el gran juez de los muertos. Apis es tambien uno de los dioses del infierno egipcio.

El Serapeum, que escavaciones continuadas durante cuatro años por Mr. Mariette han descubierto, se componia de dos partes muy distintas. Era la una el templo, propiamente dicho. Llegábase á él por una alameda ó calle de quinientas á seiscientas esfinges, que salia de los arrabales de Menfis, serpenteando por espacio de cerca de una legua,

SEGUNDA SERIE.—1857.

al través de los sepulcros de la Necrópoli, y venia á dar á cerca de cien metros delante del polígono principal. Entre las dos filas de esfinges y este sitio, se hallaban colocadas en dos líneas paralelas una treintena de figuras de estilo helénico: las once primeras representaban poetas y filósofos griegos: las otras, por una extraordinaria mezcla, representaban los genios bajo la forma de niños, y diversas divinidades griegas, genios colocados á la manera egipcia sobre los animales que simbolizan aquellas mismas divinidades. Después del pylon se encontraban las diversas estancias destinadas al culto, encerradas en un recinto comun.

La segunda parte es enteramente subterránea, y está destinada al toro adorado en Menfis. Mientras aquel toro bajo su nombre constante y único de Apis recibia en vida en Menfis mismo y cerca del templo de Vulcano, los hominages de sus adoradores, era venerado despues de su muerte y en la Necrópoli de Menfis, bajo el nombre de Osiris-Apis, Osoropis, de que por una corrupcion fácil de comprender, los griegos han formado mas tarde esa divinidad que el mundo conoce bajo el nombre de Serapis.

Serapis no es, pues, en definitivo, sino el Apis muer-

AÑO IV. 33.

to: y el Serapeum no es por consecuencia otra cosa, sino el sepulcro de Apis.

Este sepulcro subterráneo, cual lo hemos visto, está abierto en la roca viva, y tiene su entrada en el santuario de Serapeum. Se compone de muchas largas galerías, en cuyos dos lados se abren cerca de ochenta grandes salones. Cada salón está abovedado, y en el centro de unos treinta de ellos, se notan gigantescos *monolithos* de granito, que en tiempo de los Faraones de las últimas dinastías, han servido de depósito á la momia del sagrado buey. Estos *monolithos* pesa cada uno poco mas de setenta mil kilogramos, es decir, casi la tercera parte del obelisco de Lucsor. Están, á pesar de la dureza proverbial de la materia, tan brillantemente pulimentados en el interior como en el exterior. Algunos llevan las leyendas de los reyes que los hicieron tallar, y no sin sorpresa en medio de aquellos reyes, Mr Mariette ha reconocido lo que menos aguardaba encontrar, es decir, la del feroz y despótico Cambises, que sus conquistas no han immortalizado tanto como el bárbaro trato que segun los historiadores griegos hizo sufrir á Apis.

Las investigaciones á que mas se ha consagrado monsieur Marietti, son las de las *Stellas* en escritura egipcia, de que están estampadas todas las paredes del sepulcro. Son de dos clases: las unas son simples *proscynemas*. Un devoto á Apis, un viagero que al parecer ha venido á adorar al dios en su última morada, ha consagrado por un pequeño monumento votivo, el recuerdo de su piadosa visita. Algunas veces el *proscynema* no ofrece sino el nombre del visitante y el de los diversos miembros de su familia; pero lo mas frecuente es que la fórmula se alargue, y aun cuando no comience por la enunciación terminante de una fe-

cha histórica, tomada del calendario del tiempo, siempre hay seguridad de encontrar andando algun medio de que pueda sacar provecho la mitología y la historia.

En ese sentido, los *proscynemas* del sepulcro de Apis, son verdaderos tesoros, y ofrecen una mina siempre nueva de materiales, en cuyo seno podrá encontrar grandes noticias la ciencia.

Las otras *stellas* tienen un carácter diferente. Son monumentos oficiales procedentes del colegio de sacerdotes de Menfis, y depositados por ellos al lado de las momias de Apis, en el momento de los funerales. Contienen bajo una fórmula religiosa, una corta noticia necrológica del toro, desde el día de su nacimiento, el de su entronización, el de su muerte, y el de sus funerales, así como la duración de la vida del sagrado animal. Concíbese sin pena, cuán poderosos socorros son estos epitafios para la cronología y la historia del antiguo Egipto.

Las *stellas* de las dos salas son en número de cerca de cuatrocientas, y bastarian ellas solas para llenar un museo.

El dibujo que presentamos á nuestros lectores, dá una idea del Serapeum de Menfis en el momento de las escavaciones, tomada desde la cumbre del pilono principal, en el mes de mayo de 1832. El toro que unos árabes están sacando con gran trabajo del santuario, donde tan largo tiempo habia sido adorado, fué trasladado, y se halla en el Museo del Louvre de París.

Ese grande edificio, que hoy vuelve á ver la luz del día por los cuidados del ingeniero francés, ha estado sepultado tantos siglos bajo la arena que allí amontonan continuamente los vientos del desierto.

JOSÉ MUÑOZ GAVIRIA.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

LA PERLA DE BETHUNE.

En pleno renacimiento, es decir, en 1544, habia en Padua un jóven pintor llamado Ovido Galeas. Era uno de los muchos discípulos del Ticiano. Aun cuando nada habia firmado aun con su nombre todos estaban acostumbrados á decir que tenia muchísimo talento. Los que habian estudiado con él en el taller del artista veneciano, se servian generalmente de una misma fórmula para hablar del jóven de Pádua.

—Un día, decian, le saludaremos todos sin vacilar como un gran maestro.

En razon de la grande reputación que tenia ya en 1544, Francisco I le hizo ofrecer diez escudos de oro al mes si consentia en venir á pintar á Francia. En aquel tiempo si el sol de Italia hacia brotar los talentos, la sonrisa de la Francia los consagraba. Ya se habia visto en la corte de Valois, en el palacio de Fontainebleau y de Chambort, los artistas mas célebres de aquella grande época. Francisco I habia hecho comprar en Florencia los cuadros de An-

drés del Sarto y al mismo tiempo llamaba al Primaticcio, á Benvenuto Cellini, y arrojaba el oro á manos llenas por encima de los Alpes.

Ovido Galeas parte para Francia. Inmediatamente que llegó se le presentó el mayordomo del rey y le ofreció los diez escudos de oro, cantidad convenida para todo el mes. Le invitó á que inmediatamente se pusiese á pintar un cuadro, terminado el cual iria á uno de los palacios del rey de Francia para cubrir sus paredes de frescos. En aquel mismo día, despues de haber visto al rey Francisco I, el discípulo del Ticiano se alojó en uno de los barrios del Mediodía, lugar de buena luz y ventilado. Bajo las ventanas del taller se veian jardines con árboles corpulentos y alrededor de su habitación mucho silencio.

—He aqui la Tebaida que me prometia, decia Ovido. Aqui me dedicaré enteramente á mi obra. Ninguno de los rumores del siglo vendrá á turbar los encantos de mi sueño, ni amigos perezosos me arrastrarán consigo cual sucedia en Venecia, la ciudad de los tres carnavales, ni músicos que cantando barcarolas, acompañándose con el harpa vengán á distraerme, ni importunos acreedores murmurando á cada instante á mi oído su deuda vengán á

inquietarme. Aquí, pues, voy á hacer una obra maestra.

Preparó Gáleas su lienzo, sus pinceles y sus colores y trató de hacer una virgen que pudiese competir con las de su maestro el Ticiano. Rafael habia hecho la *Virgen de la Silla*, pero inmóvil como los antiguos, casi sin sentimiento. Ovido Gáleas imaginaba una escena nueva y desconocida en la vida del Redentor de los hombres. Habíase imaginado á María recorriendo los campos de Belén con el niño divino en los brazos, y que fatigada, abrasada por el sol, exprimía un racimo arrancado de una cepa para apagar la sed con su jugo del divino niño.

—La Virgen del Racimo será una obra maestra, esclamaba.

Habia ya trazado su grupo, estudiado las posturas y todo le parecia animado de una vida real, cuando, en medio del afán con que trabajaba en su obra, un extraordinario ruido de trompetas vino á resonar en medio de aquel silencioso barrio donde se habia refugiado.

Preguntó el pintor, que tan alejado estaba de las cosas del mundo, qué era lo que habia, y supo que los españoles unidos con la Inglaterra habian vuelto á declarar la guerra al rey Francisco I, que aun no habia muchos años habia salido de la torre de Luján de Madrid, donde habia estado prisionero desde la batalla de Pavía.

Púsose Gáleas al trabajo descorazonado como un hombre que presentia no podria concluir su obra. En efecto, en aquella misma tarde el mayordomo del rey vino á anunciarle que el monarca francés marchaba á la guerra y que se veia en la imposibilidad de continuarle dando los diez escudos de oro al mes que le habia prometido. Ovido Gáleas exhaló un triste suspiro: conoció que no podia dedicarse á la conclusion de su obra favorita pues necesitaba trabajar para proporcionarse recursos. Abandonó su obra. Se puso desde entonces á pintar, no para la gloria ni para la posteridad, sino para ganarse el pan de su alimento. No referiremos los trabajos á que le espuso la necesidad. Iluminaba libros de devoción, emborronaba muestras, hacia florones para los techos; tales eran los trabajos á que mas generalmente se dedicó.

Una tarde que entregado á sus desesperados pensamientos se paseaba en las orillas del Sena junto á la isla de San Luis, se vió repentinamente rodeado de tres hombres armados.

—¿No sois Ovido Gáleas, el pintor de Pádua? le preguntó uno de aquellos tres hombres.

—Yo soy, respondió el artista.

—Pues bien, os arrestamos y venid con nosotros.

—¿Yo?

—Poco os importa, es para vuestro bien.

Inmediatamente le cogieron y vendaron los ojos con un ancho pañuelo. El discípulo del Ticiano comprendió que no podia resistirse y que no le quedaba mas recurso que resignarse. Pusiéronle sobre un caballo ensillado que aguardaba en un sitio inmediato á donde habia sido detenido. Los tres hombres montaron tambien á caballo y dirigidos por el que habia tomado la palabra, salieron de París. Caminaron largo tiempo casi siempre en silencio.

—¿Por qué me habeis vendado los ojos? preguntó Ovido Gáleas.

—Es muy sencillo; para que no sepais donde estais, y sobre todo á donde vais.

A la caída de la noche llegó la cabalgata ante un pequeño castillo, y habiendo sonado el cuerno un hombre se bajó el puente levadizo y entraron los cuatro cabelleros. En cuanto llegaron al patio quitaron el pañuelo de la cara al pintor.

—Se os devuelve la vista, pero no abuseis de ella, le dijo el que hacia de cabeza de sus raptos.

Solo á la mañana siguiente pudo comprender el joven artista aquel enigma. Al amanecer le introdujeron en un ancho salón lleno de riquezas, y en el que habia todo lo necesario para pintar con una escrupulosa prevision.

—Preparaos para hacer el retrato de una joven, le dijo un anciano de rostro severo. Dentro de algunos instantes trasladareis al lienzo la imagen de la *Perla de Bethune*, y os prevengo que teneis que firmar el cuadro con el nombre de vuestro maestro, Ticiano; pero cuidado con revelar jamás á nadie el verdadero autor.

Quería resistirse Ovido Gáleas, pero apenas acababa de hablar el anciano cuando levantándose la pesada cortina de cuero que daba entrada á un gabinete, se presentó una joven vestida con extraordinaria riqueza.

Comprendió Ovido Gáleas que era la que le anunciaban con el nombre de la *Perla de Bethune*.

En la espléndida Italia del siglo XVI habia tenido ocasion el artista de admirar muchas hermosas mugeres. Habia visto las patricias de Venecia, las grandes señoras de Florencia, las princesas de Roma; empero jamás habia visto nada mas distinguido ni seductor que aquella francesa. Las impresiones súbitas no son una quimera. Apenas el artista la vió cuando se sintió profundamente conmovido.

—Teneis que hacer el retrato de la señora duquesa, le dijo el que la acompañaba, pero que sea lo mas pronto posible. ¿Cuánto tiempo necesitareis á lo menos?

—Cuatro dias.

—Poneos á hacerlo inmediatamente.

Para no incomodar en nada la manifestacion de su genio, dejaron al pintor solo con su modelo.

Apenas habian pasado dos horas cuando una dulce intimidad se habia establecido con su trato, y el pintor habia sabido un drama en aquella aventura.

Aquella joven cuyo retrato le obligaban á hacer, era la hermosa duquesa Berengera de Charos, mas conocida en las crónicas de su época bajo el nombre de la *Perla de Bethune*. Por razones de conveniencia social querian casarla con Hermerico II de Isavir, el último descendiente de los delfines de Auvernia. Hermerico, uno de los primeros señores de la Francia, era ya un anciano que mas necesitaba de un monge que le ayudase á bien morir, que de una joven. Pero el feudalismo de los tiempos no reparaba en las distancias de edades, y se burlaba de los sentimientos del corazón. Era necesario un matrimonio para unir entre sí dos grandes familias. Lo demás importaba poco. Para complacer á Hermerico se habia imaginado enviarle el retrato de su futura, ejecutado por un pincel hábil, y firmado con el nombre venerado del Ticiano. Por eso habia sido arrebatado de París el artista, y conducido con los ojos vendados al misterioso castillo.

La joven comprendia que el pintor no podia evitar el hacer el retrato, pues que á ello le obligaban; mas pidió que se apresurase lo menos posible.

—No me dejarán mas que cuatro dias, dijo el pintor.

—Preestad obstáculos imprevistos. Yo os ayudaré por mi parte; fingiré que estoy mala, y que no puedo venir á vuestro taller.

Gáelas la detuvo; conoció que la amaba ya perdidamente.

—No podré vivir sin verla, decia para sí el pintor.

Pasáronse algunos dias mas que los cuatro concedidos para el retrato. Le intimaron que no tenia mas que veinte y cuatro horas para poder terminarlo. Estas palabras le hirieron como un rayo, Gáelas se vió de nuevo poner sobre un caballo con los ojos vendados, y ponerle en el camino de París, es decir, separado para siempre de la *Perla de Bethune*.

La sangre del discípulo del Ticiano subió repentinamente á su rostro. Era del temple de los grandes artistas del tiempo del renacimiento, pintor y soldado aventurero, y como Benvenuto Cellini, capaz de sublimes estravagancias por satisfacer un capricho ardiente ó realizar un sueño.

A la noche siguiente, en el momento en que dormian todas las gentes del castillo, menos tres centinelas que guardaban el puente levadizo, el artista y la jóven, disfrazados de novicios de la órden de San Bruno, á quienes se les habia dado aquel dia hospitalidad, se presentaron á la puerta principal para salir al campo. Trató de impedirles la salida una de las centinelas; pero Gáelas le tendió muerto á sus pies, porque se negó á bajar el puente levadizo. Acudieron en su auxilio los otros dos, pero amenazados, tuvieron miedo y obedecieron. Alejáronse los dos fingidos novicios. Dióse la alarma en el castillo, y bien pronto todo el mundo se puso en pie, y se prepararon á perseguir á los fugitivos. Al través de los campos corrian por todas partes los servidores de la casa de Hermerico con teas de resina encendidas, con órden de apoderarse de Berengera, ponerla en un caballo, y á pesar de sus gritos volverla al

castillo. En cuanto al artista, podian matarle sin compasion, de un tiro de arcabuz ó de una puñalada.

Sin embargo, los dos jóvenes, muertos de fatiga, seguian á la ventura las sendas tortuosas hasta que llegaron á una especie de cartuja que habia entonces en Orleans. Como no sabian nada les dieron de comer y beber en una misma celda.

—No será por mucho tiempo, dijo Berengera; verás cómo las gentes del castillo nos persiguen hasta aqui; pero no me arrancarán de tus brazos.

Tres horas despues, en efecto, un tropel de hombres armados rodeaban el convento.

Venian á buscar á Berengera.

En el momento en que el mayordomo, á la cabeza de su gente, se aproximaba á la celda donde se hallaba la jóven duquesa, esta por huir de él se arrojó desde lo alto de la ventana, quedando muerta del golpe, Gáelas se dejó prender.

—A la prision el seductor, gritaban, y dentro de tres dias á la horca!

A la mañana siguiente fué encarcelado en las prisiones del señorío de Montargis.

Le formaron causa. Estas formalidades debian durar una semana entera. Para distraer su pensamiento, trató de reproducir el primer sueño de su alma: la Virgen del Racimo. Le permitieron tener un lienzo, un pincel y colores. Pero le faltaba un elemento esencial, la tranquilidad de su espíritu.

Trató de hacer la Virgen del Racimo, pero solo fué un boceto informe. El dia que vinieron á buscarle para hacerle sufrir su suplicio, aun no habia terminado su cuadro. Tan cierto es que no hay para un artista mas que un solo amor: el arte. Tres venenos le matan: la politica, el amor y el cuidado de la vida presente.

CONDE DE FABRAQUER.

ESTUDIOS ARTISTICOS.

VISTA DE RONFFACH.

Quando la paz de Westfalia separó de derecho del reino de Francia, la provincia imperial de Alsacia, que la suerte de las armas habia ya separado de hecho, puede decirse que solo fué una restitucion de que la Francia no volvió á poseer en patrimonio. Porcion francesa bajo los reyes de la raza primitiva, la Alsacia no habia estado reunida efectivamente á la Alemania sino á consecuencia del desmembramiento del vasto imperio de Carlo-Magno, y hay pocos monumentos en ella de una fecha anterior al siglo X, que solo recuerdan el nombre de algunos de los sucesores de Clodoveo. Y no solo en las grandes ciudades, en Strasburgo ó Colmar, se encuentran antiguos recuerdos de la Francia, sino tambien en las aldeas y en los pueblecillos de la Alsacia se ven ruinas francesas. El rey Dagoberto, entre otros, es una de las ilustraciones de la pequeña ciudad de

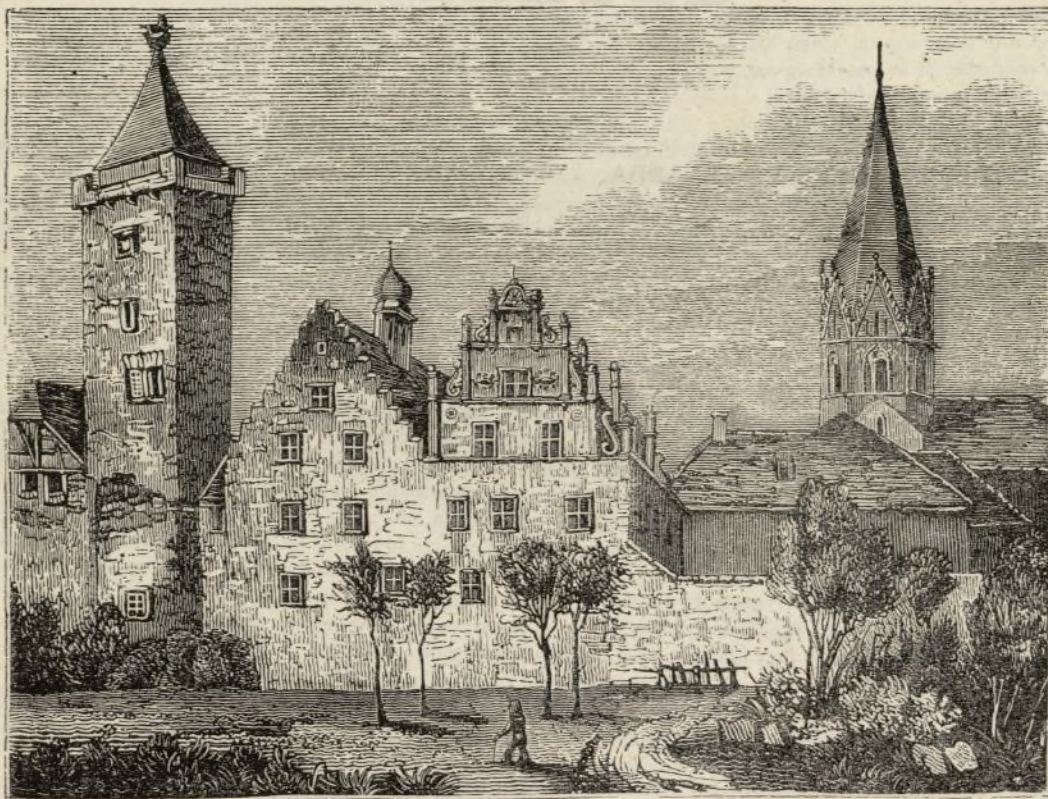
Ronffach, cuyo pintoresco aspecto representa el grabado que damos en este artículo. A fines del último siglo todavia se alzaba cerca de aquella ciudad cual un centinela avanzado, un antiguo castillo ennegrecido por el tiempo, la torre de Isemburg. Los reyes Merovingios habian tenido su corte dentro de sus muros. Dagoberto preferia aquella morada á la de Lutecia: hoy todo cuanto se alzaba sobre el suelo ha desaparecido; empero permanecen siempre abiertos los inmensos subterráneos de la torre de Isemburg y sus macizos cimientos no estan todavia reducidos á polvo. Aquellos restos forman los mas antiguos títulos históricos de la ciudad de Ronffach, porque sus habitantes poco satisfechos de aquella fecha merovingia, han pretendido traer su origen de los romanos; pero les faltan las pruebas de autenticidad en apoyo de sus pretensiones geneológicas-romanas.

Capital de un pequeño departamenro, Ronffach (cuyo nombre deriva de Rûth-Rach, rio rojo, que viene á regar el fondo del lindo valle de Soultz Malt) habia sido concedida

con sus dependencias por Dagoberto al obispado de Strasburgo. A pesar de su importancia por largo tiempo no se la designó por diminutivos latinos, significando estas palabras aldea y villorrio, y solo en el siglo XVI cuando se la vió rodeada de murallas, se la concedió el título de ciudad. Sin embargo, ya antes de esta época Ronffach había sido bastante poderosa para sostener contra Colmar, una de esas escaramuzas ó guerras de vecindad tan frecuentes en aquel período de la historia entre ciudades inmediatas y vecinas. Batiéronse las dos ciudades con furor, é hicieronse recíprocamente cuanto mal pudieron, porque entonces dos rivales se disputaban el trono imperial de la Alemania. Colmar se había declarado por uno de los pretendientes, Stras-

burgo había tomado partido por otro, y Ronffach había con el clero abrazado el partido de su obispo. Vencidos al pronto los colmarienses, se desquitaban muy pronto completamente de las ciudades rivales, que que daron reducidas á cenizas. Los incidentes de la cuestión contra Colmar, son los hechos mas notables que ofrece la crónica de Ronffach. Debe decirse únicamente, que colocada en una provincia que frecuentemente sirvió de campo de batalla, tuvo su parte en las calamidades que las guerras entre Francia y Alemania atrajeron sobre la Alsacia.

Si los anales de Ronffach solo presentan hechos de un mediano interés, los recuerdos de los Reyes merovingios le dan algun relieve de carácter bastante original de su ar-



Vista de Ronffach.

quitectura que se recomienda además por la curiosidad. La nobleza, tan numerosa en Alsacia, se había agrupado pues, casi alrededor de Isemburg, y los edificios privados de Ronffach anuncian todavía en la mayor parte cierto sello de la alta condición de sus habitantes. Como los señores y los villanos se hacían reconocer en la edad media en la diferencia del corte y la tela de su vestido, así los edificios señoriales y las casas de los villanos tenían forma distinta y estaban construidas de materiales particulares. Las casas de los nobles, además de las armas que tenían en sus fachadas, se adornaban exclusivamente de esculturas ricamente trabajadas. Las casas de Ronffach ejercían rigurosamente este privilegio arquitectónico, y aun algunas de sus torres,

entre otras las que se ven aquí, merecen todavía ser examinadas como preciosos objetos de arte. Aquellos palacios de fisonomía gótica fuertemente pronunciada que se agolpaban en el estrecho recinto de la ciudad, acompañaban bien á su iglesia contemporánea. Aquel monumento que destruido é incendiado por los colmarienses fué reedificado en el siglo XIV, forma con los edificios de que está rodeado un conjunto agradable. Su torre octógona llena de ventanas de un lindo dibujo, está coronada de una ligera flecha que acompañan en su base ocho frontones piramidales delicadamente cortados. Los adornos en bajo relieve que presentan diversas partes de la iglesia, son á la vez de una elección extraña y gusto singular. Así, en medio de las es-

tatuas de los santos aparecen figuras de animales en posturas extraordinarias: un oso que juega con una cabeza que tiene entre sus patas, una liebre que baila sobre las dos patas de atrás, son decoraciones que no creería uno encontrar sobre el muro de una iglesia.

Aunque su población siempre se ha mantenido, mas bien que menos mas, en cuatro mil almas, Ronffach ha contribuido poderosamente con su contingente al catálogo de los hombres ilustres de la Francia. De todo, en las ciencias y las letras ha tenido muchos escritores bastante apreciados,

á cuya cabeza es preciso contar al docto Pellicano, que honró con su amistad Erasmo. En las bellas artes tiene por representante al escultor Wolvelin, del siglo XIV, que ha adornado las iglesias de Strasburgo con algunos magníficos retratos. En la gloria militar puede presentar en paralelo con las mas antiguas ciudades de la Francia á Francisco José Lefevre, que su valor y genio guerrero y su noble virtud hicieron mariscal de Francia en el imperio de Napoleon, y duque de Danzick.

RAFAEL ALVAREZ.

LEYENDA.

ROBERT' S-CAVE EN IRLANDA.

El murió de su fatiga, ella
de su dolor.

OSSIAN.

La Irlanda presenta puntos muy pintorescos, á todos los que van unidos tradiciones populares que han sido cantadas por el harpa de sus bardos.

La Peña de Robert es una imponente mole que se adelanta sobre el río Mislis en Irlanda, y que llaman en el país la cuesta de los Dos Amantes. Varios bardos han cantado la anécdota que ha dado su nombre á esta cuesta y la han adornado con algunos románticos reflejos. Nosotros la contaremos aquí con toda su sencilla verdad.

Poseía un antiguo señor el territorio de aquella rápida cuesta, y habitaba un castillo que habia construido en su cumbre. Tenia una hija única, muy buena y bella como la madre del amor; soñaba para ella en los mas opulentos partidos de la comarca, cuando supo por su propia boca que jamás consentiría en casarse con nadie sino con un joven del llano, á quien nombró, y que por toda fortuna solo tenia una conducta irreprochable, un alma recta, un corazón decidido y muchísimo amor. Era por su trabajo el apoyo y el tesoro de su anciana madre. Tres veces con riesgo de su vida habia salvado á otros tantos niños que se estaban ahogando en el río Mislis. Era querido en toda la comarca. Algo era esto pero no lo bastante: el montañés castellano era un padre que tenia en mas la hacienda que la virtud. Muchos padres hay aun así todavía.

Durante dos años se opuso constantemente al matrimonio de su hija. Viendo despues que nada lograba, y que la joven permanecía firme en su determinación, y que su negativa iba alterando su salud, y haciéndola muy desgraciada, bajó un día al llano con su hija, dándose la apariencia de un padre que quiere sorprender á su hija agradablemente; hizo llamar al joven que ambicionaba el honor de ser su yerno, y le dijo con cierto orgullo:

—Para tener mi hija es preciso merecerla. Sereis su

marido, si la llevais desde aqui sin descansar á la puerta del castillo, que será un día su herencia.

Y sin aguardar mas réplica ni objecion se retira, encaminándose á su castillo por un camino menos pendiente que el que acababa de indicar.

Habia quedado pasmada, asombrada la joven: el joven entusiasmado.

En una situación como la suya, la poca edad en nada repara. Sabian muy bien los dos, que el castellano no se volvía atrás de lo que una vez decia.

Estremeciase la amante doncella al pensar en tan ardua empresa: animóla el joven, hizo la subir sobre sus hombros, y se lanzó tal vez con demasiada viveza. La juventud es ardiente y atrevida.

Subia, no calculando bien sus fuerzas. A la cuarta parte del camino se hallaba fatigado: á la mitad del camino sintió vértigos: á las tres cuartas partes se hallaba inundado de sudor, conocia que le abandonaban ya sus piernas: con todo, como los valientes caballos que continúan su carrera hasta morir, llegó á la puerta del castillo, cayó de rodillas y quiso respirar. No respiró ya mas.

La enamorada doncella enjugaba el sudor de un rostro que solo creia desmayado, lo estaba en efecto, empero para siempre!!!

Cuando reconoció que le habia matado el cansancio y la fatiga se vió acometida de tal dolor que se rompieron las venas de su corazón, y los dos amantes fueron enterados en un mismo sepulcro.

El terco y obstinado castellano no se pudo consolar. Al cabo de un año fué á reunirse con su hija.

El ambicioso padre era vasallo del duque de Leicester, y el duque entró por su muerte en posesion de la Peña y cuesta de Robert, y para espigar lo que acababa de suceder fundó en el castillo una abadía, que aun subsistia en el último siglo con sus buenos religiosos y que llamaban la abadía de los Dos Enamorados.

Presentamos á nuestros lectores la Peña de Robert teatro de esta leyenda popular en Irlanda.

Esta leyenda la vemos reproducida en casi todos los países con muy pocas variaciones. En Francia en las playas de Biarritz hay la Peña de los Enamorados tambien

una peña que cubria las olas en la marea, y que queda en seco á la baja mar. Allí se citaban dos amantes, y allí olvidados en sus amores, no sintieron subir las aguas y perecieron: en España hay igual ó parecida tradicion, y tambien decimos nuestra famosa peña de los Enamorados en Antequera. Desde su elevacion dos amantes contrariados

por sus padres en sus amores, se precipitaron abrazados, para no separarse jamás en su muerte. Estas tradiciones se han conservado en los pueblos, dramas terribles aunque sencillos y que se transmiten de padres á hijos.

JOSE VUÑOZ Y GAVIRIA.

ESTUDIOS DE ANTIGÜEDADES.

EL CASTILLO DE ANET.

Vastas ruinas se estienden en el fondo de un hermoso valle que riegan las aguas reunidas del Eure y de la Vosgue, á la estremidad del bosque de Dreux, cerca de la aldea de Anet, y los sitios inmediatos, Dreux donde los druidas celebraban sus misterios, Yory donde venció Enrique IV, traen al pensamiento los mas imponentes recuerdos, tambien las ruinas de Anet tienen tinte histórico que las recomiendan á la memoria. La tierra de Anet habia hecho parte de los dominios que los príncipes de la casa de Navarra poseían en Francia. Su antiguo castillo era designado bajo el nombre de *palacio de los reyes de Navarra*. Despues que los estados de los reyes de Navarra se incorporaron á la corona de Francia, y Carlos VIII dió la castellanía de Anet á Pedro de Brezé, senescal de Normandía en recompensa de sus servicios, el hijo de este señor de Brezé se casó con Diana de Poitiers, que despues fué la célebre duquesa de Valentinois que le dejó al morir el dominio de Anet donde ella fijó su morada. Diana inspiró la mas viva ternura, el mas vehemente amor al rey Enrique II, y el imperio que ejerció sobre el jóven rey, á pesar de su avanzada edad, fué tan absoluto y tan constante, que los contemporáneos, aun los mas graves historiadores, no creyeron poderlo explicar sino atribuyéndole á algun influjo maléfico. El antiguo *Castillo de los reyes de Navarra*, no estaba en relacion con la brillante fortuna de la omnipotente favorita del rey de Francia. Fué echado abajo, y sobre sus ruinas se alzó el castillo de Anet, citado por mucho tiempo entre los mas suntuosos palacios de la Francia. Pidió Enrique II los planos del castillo al arquitecto, entonces mas en voga, Filiberto Delorme, cuyo nombre está unido con tanta gloria al palacio de las Tullerías. Filiberto Delorme no defraudó las magníficas intenciones del rey, y su obra se colocó en el número de los monumentos mas bellos del renacimiento.

Enrique II que hacia gala de su amor por la favorita, quiso que su cifra real comprobase el origen del castillo. Varias *H, G, D*, entrelazadas y con coronas reales encima se pusieron en todas partes, en las chimeneas, en las paredes, en las ventanas, y en las puertas. El gusto pretencioso de imitar de la época, multiplicó asi en los ornamentos de la arquitectura el alegórico símbolo de la duquesa. La media luna mitológica recordó por todas partes el nombre de Diana. La manía de las alusiones emblemáticas fue

mas lejos todavia. Se quiso que todo el mundo conociese aquel amor tan constante desde la primera mirada que se dirigiera al palacio, y que penetrase en los dominios de la divinidad cazadora de la fábula. Sobre aquel pórtico elegante que formaba la principal entrada del castillo, se colocó una gran figura de bronce representando á Diana. En derredor de ella se agrupaban como emblemas característicos, perros y jabalíes igualmente de bronce. Ademas de estas invenciones, aunque un poco pintorescas, hay algunas fecundas de artistas que revelaban tambien un trabajo bastante curioso. Entre ellas habia un reloj dispuesto en el ático: un ciervo de bronce seguido de una jauría de perros del mismo metal adornaba el cuadrante. Ciervo y perros permanecían tranquilos durante el curso de las horas, pero en el momento en que las agujas iban á acabar la revolucion horaria, el ciervo se ponía en movimiento, la jauría se lanzaba en su persecucion, y esto duraba hasta que el ciervo con la pata delantera marcaba las horas sobre la campana del reloj.

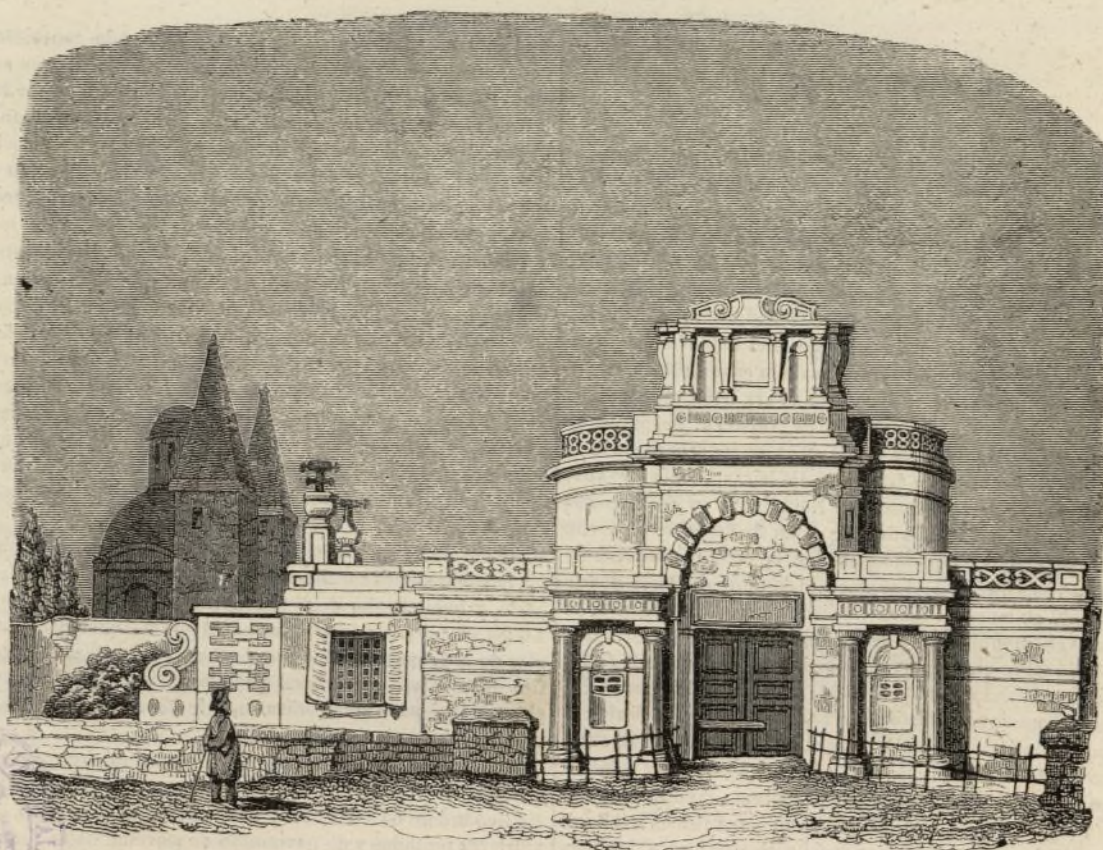
Diana de Poitiers gustaba mucho de vivir en Anet, habia gastado sumas considerables en adornarle y embellecerle, y habia hecho de él una mansion enteramente real. Asi los poetas de la época que iban á quemar incienso á los pies de la favorita, no dejaban de cantar la belleza del castillo de Anet haciendo versos como los escultores habian hecho estatuas para inmortalizarle, y le llamaban ingeniosamente, *el castillo Dianet*.

La duquesa de Valentinois no habia, sin embargo, consagrado todos sus tesoros á la decoracion y lujo de su palacio llenándole de estatuas y de cuadros, ni su capilla de vidrieras pintadas y de pavimento de mármol: habia destinado una parte á una fundacion piadosa y filantrópica, abriendo en aquella opulenta morada un asilo para doce viudas y tres doncellas pobres. Esta institucion justificó los elogios que la da Brantome. «Se habia hecho, dice, muy devota, caritativa y limosnara; preciso era que el pueblo de Francia rogase á Dios que no hubiese jamás otra favorita del rey mas mala que esta.» En efecto si se debe vituperar la parte que Diana de Poitiers tomó en los negocios políticos y religiosos del estado en el reinado de Enrique II, es difícil no reconocer en ella excelentes cualidades y virtudes privadas.

La funesta y prematura muerte de Enrique II en 1559, trajo la caída inmediata del favor y la influencia de la duquesa de Valentinois, y el *castillo Dianet* donde antes afluia la corte, y donde el mismo rey habitaba durante el

verano convirtiéndose en un desierto. Allí pasó Diana sus días en el mas profundo retiro. Sus despojos mortales, despues que murió en 1566, descansaron en la capilla del castillo bajo un rico mausoleo. Este sepulcro construido en medio del coro, se componia de un sarcófago sostenido en los cuatro lados por esfinges de mármol blanco. La duquesa de Valentinois se hallaba representada sobre el sarcófago, de rodillas con las manos juntas delante de su libro abierto y colocada en su reclinatorio. Este trozo de escultura muy notable, fué arrancado de allí durante la revolucion, y depositado en medio de los monumentos del Museo.

No se eclipsó el esplendor del castillo de Anet con la muerte de Diana de Poitiers, su celebridad llegó á aumentarse mas. Dado en dote con una de las hijas de la favorita á la casa de Lorena, Anet erigido de castellanía en principado á fines del siglo XVI, fué poseido despues por la ilustre familia de Vendome de la sangre de Enrique IV. Vióse volver la corte á tomar el camino largo tiempo olvidado del castillo, y el ruido de sus pasos resonó de nuevo en el palacio de la duquesa de Valentinois. Los principes de Vendome hicieron ejecutar allí grandes trabajos de ornato. Uno de ellos, Luis José, duque de Vendome, que murió en 1712, que ha dejado un gran renombre militar y una



Castillo de Anet.

mala fama en sus costumbres, preferia Anet á sus otros palacios. Adornó la sala de Guardias con cuadros en los que se veían las batallas que habia dado y los sitios que habia dirigido. Convertido en propiedad y morada de la turbulenta duquesa de Maine, el castillo de Anet, sucursal despues de Sceaux, tuvo aun grande fama como centro de fiestas brillantes y placeres, y de intrigas políticas. Los poetas, entre ellos Voltaire, encontraron nuevos versos para elogiarle. Otro género de celebridad le estaba por último reservado. Habiendo pasado á las manos caritativas del duque de Pentievre, fue un asilo de beneficencia, y si los augustos señores no se acordaron ya del castillo de Anet,

los pobres empezaron á conocerlo. Tales son los títulos históricos que posee el castillo de Anet, precioso tambien como monumento de una época brillante para las artes, cuando estalló la revolucion francesa en la que los castillos sufrieron tanto. Hoy el palacio de Diana de Poitiers está hecho pedazos, arruinado, y el solo fragmento que felizmente conserva su forma, es el pórtico que representa nuestro grabado. Aunque despojadas de sus adornos estas ruinas, bastan sin embargo, para dar una idea de la magnificencia arquitectónica del conjunto del edificio.

FACUNDO MIGUEZ.